

¿SOMOS LA MITAD DEL CIELO?*

ANGELA HERNANDEZ

Más que una exposición sobre un vasto tema, deseo en este evento compartir ciertas reflexiones en torno a lo que sería ubicado como una de las innúmeras vertientes que tal temática abarca. Tal vez por comodidad; un análisis riguroso requiere documentación, investigación, cifras convincentes, fórmulas teóricas; tal vez para eludir las tendencias a generalizar y la atracción simplista de las consignas tan conocidas ya, que, aceptándose como valederas, en nada nos convueven: "sin liberación de la mujer no hay liberación nacional", "sin liberación nacional no hay liberación femenina", "sin socialismo no habrá emancipación de la mujer", "somos la mitad del cielo", o aquella otra tan conocida, la cual gritábamos en la Universidad, en períodos electorales -cuando solíamos volvemos importantes-, en marchas femeninas que eran observadas con curiosidad y sorna desde las aceras, por quienes se deleitaban con las turbulentas campañas estudiantiles, con el extraño y casual fenómeno de los estudiantes marchando, con la voz aguda e inusual en los predios universitarios, con la proclama, mitad consciente, mitad vaga: "las mujeres lucharán en la guerra popular". Eran años de escasa profundidad teórica, manifiesto dogmatismo de diversos colores, pero, al mismo tiempo, de gran mística revolucionaria. La

*Ponencia presentada en el Coloquio "Mujer y Liberación Nacional", organizado por el Colectivo de Trabajo Cultural, enero 1988 en la Biblioteca Nacional.

transcendencia humana, lo divino, lo innombrable, era lo revolucionario. La revolución era un sumario de fe, renovación humana, respuesta a las urgencias materiales y a las necesidades de ascenso y claridad cultural -sin que tuviera nitidez el proceso en cuyo desarrollo cristalizarían los ideales.

Las consignas prehechas y las generalizaciones han conducido a apreciaciones difusas sobre los fenómenos; apreciaciones que no tocan fondo en la ideología, y mucho menos alcanzan ese terreno hondo compuesto por las creencias y costumbres. Quizás sea por tal razón que se reeditan una y otra vez esquemas y métodos de trabajo ineficientes para impactar la realidad e intervenir en su cambio.

Bien, aunque mi propósito era desviarme lo menos posible, es obvio que incurro en lo que busco evitar. Una página completa y todavía no explico a cuál vertiente del tema del panel me referiré. De cualquier forma, la entrada lo hace adivinable, se trata de la política de los partidos que luchan o proclaman aspirar a la liberación nacional, en lo concerniente a interpretar el papel de la mujer en tal evento histórico. No trataré ningún grupo en particular, consiguientemente me colaré en un buen grado de generalización. No pretendo aportar fórmulas definitorias de lo que deben hacer las organizaciones políticas o los grupos de mujeres. Los cambios de actitudes hacia el examen teórico y la comprobación cotidiana de los factores particulares que definen la situación y motivaciones de las mujeres, y, asimismo, las variaciones metodológicas en el trabajo político, han de hacer de una intención de penetrar más hondamente en la vida para reorientarla, de una vocación de humanidad libre, de una capacidad de entender las cosas más allá de lo que personalmente nos toca, de una voluntad de favorecer el que cada conglomerado o sector se apropie de un espacio de crecimiento y transformación, de un interés de potenciar un protagonismo de múltiples sujetos políticos, de una creencia en el valor de la originalidad revolucionaria de cada sociedad, de una convicción de lo que tenemos que descubrir y hacer con esfuerzo, perseverancia es -fuera de suma de años o de citas- mucho más que lo que heredamos o aprendemos de otras latitudes, si ponemos una y otra dimensión en función del efecto sobre la realidad inmediata.

Las tendencias dogmáticas, la visión esquemática de los hechos, los clíses restrictivos de los conceptos y el lenguaje, presentes en una u otra medida en la izquierda dominicana, se han traducido en un enfoque reduccionista al abordar la situación de la mujer, y en las formulaciones de propuestas de cambios en tal situación.

La definición de trabajo con las mujeres surge siempre o casi siempre en los partidos como producto del empuje y lucha de las militantes o de una parte de ellas. Primeramente, los reclamos de las mujeres miembros del partido son tomados con extrañeza por unos, curiosidad por otros, humor satírico por unos terceros, y abierta hostilidad de un sector que no se molesta en ocultar sus sospechas y las contrariedades que ve proyectados en los grupos de mujeres -aún si están bajo el control del partido.

La insistencia de las militantes gana adeptos y, por fin en algún Congreso o Conferencia del partido se aprobará trabajar en el frente femenino. Inicialmente la decisión no pasará de intención. Al aprobar un trabajo con las mujeres no ha pesado un entendimiento de lo que éstas son o necesitan, sino el cálculo de que son efectivamente muchas y, por tanto, a tomar en cuenta en cualquier intento de cambiar la sociedad.

No será fortuito que se nombre un hombre para dirigir el incipiente trabajo. Tampoco lo será el que le apliquen al nuevo frente exactamente los mismos postulados que al obrero, estudiantil o cultural, sobre todo en lo que a deberes y exigencias de aportes al partido concierne.

En estos hechos subyace una simplificación teórica, en la cual el grueso de conflictos y contradicciones sociales se reduce a la lucha de clases y a la dominación imperialista. Los obreros son la vanguardia, el partido a su vez la vanguardia de éstos, y los demás sectores sociales a lo sumo serán arrastrados al cambio por la vanguardia política. En esta concepción los factores de opresión sexual, racial o de otra índole son irrelevantes. En el quehacer político cotidiano y en las estrategias quedan irremediablemente oscurecidas importantes fuerzas sociales, así como la dialéctica de interacción y soporte recíproco existentes entre los distintos factores de opresión y explotación tanto sociales como personales, tanto económicos como culturales y síquicos.

Los militantes, que no sin mediar esfuerzos, se dedican a trabajar con las mujeres, van imbuidos de las nociones políticas y de los métodos que se aplican en el conjunto de los frentes de trabajo. Van a dirigir, no a aprender de la realidad, expectativas, restricciones y sueños de las mujeres del sector del que se trate. Van a llevar sus verdades, no a procurar las afirmaciones que nacen en un proceso arduo y lento de trabajo. Van a llevar sus luces y sus discursos. Van a llevar su fuerza para conducir a las masas, no a despertar las potencias que laten en las mujeres y que perfilarían los entornos de su protagonismo social. Van a llevar su fe política y no a suscitar la fe de la gente por sus propias facultades creadoras. Van a descubrirle a la gente su realidad, a concientizar,

y no a provocar que ésta decodifique su vida y desarrolle la capacidad de entenderla y relacionarla en términos históricos y sociales.

A consecuencia de ello, la participación es un mito, porque se registra a niveles superficiales. La gente no va, hay que llevarla, ya se trate de un acto o una convocatoria de lucha. De ahí que las personas claves políticamente, las más conscientes, se conviertan en motivadoras profesionales, pero con alta incapacidad para sostener un trabajo ascensional y sistemático. De ahí que la dosis de sacrificio para permanecer sea grande; se ha nadado en aguas superficiales.

Otro efecto de esta dinámica de trabajo político con las mujeres es la aparatosidad, si así se le puede llamar, a los deseos de poseer grandes organizaciones con pesadas estructuras nacionales, sin que medie un proceso apropiado. Se conforman estructuras con cabeza de elefante y patas y cuerpo de ratón. Cuando intentan caminar se caen de brúces. Entonces esa cabeza sufre, se abruma, se lamenta; pero cuán difícil le resulta admitir que los pies, y los brazos y el tronco son tan importantes como ella y que no los puede generar merced a un simple ejercicio cerebral.

Un cambio político inesperado y favorable, se vislumbra como el acontecimiento que puede nutrir y fortalecer las estructuras así conformadas. Pero, aun se produzca tal suceso, la atrofiada organización manifestará su debilidad a cada paso. Es preferible a simple luz del día, tener un trabajo creciendo en firme con una cobertura bien limitada, que permita el aprendizaje, las pruebas metodológicas, el ascenso con claridad de los límites y potencialidades, a tener difusas, "grandes", e inestables estructuras.

El caudillismo, buen aliado o expresión del patriarcalismo criollo, no está al margen en los métodos de trabajo político empleados por los partidos.

La visión más común sobre las mujeres y la orientación y destino de sus luchas, es una reedición de la visión de la mujer como reproductora. Los papeles que como tal le adscribe la sociedad se transfieren con connotaciones similares a escenarios variables. En los partidos, sin que se defina explícitamente, hay tareas en las cuales se piensa en las mujeres, otras hay en que se las excluye. Recolectar fondos, ejecutar el protocolo en actos y celebraciones, poner cintitas distintivas o conducir a los invitados especiales, así como resolver los aspectos relativos a brindis o comidas, son labores femeninas.

La dirección, la toma de decisiones políticas, la representación pública o frente a otras fuerzas son ámbitos o funciones típicamente masculinas.

Prevalece en las instancias políticas la desconfianza respecto a las facultades potenciales de las mujeres. Inconscientemente se presupone que el hombre posee mayor reserva de desarrollo. En consecuencia se le ofrece más oportunidades y estímulo de explorar, confrontar y desplegar sus capacidades.

En las militantes conviven tendencias de sacudirse de las ideas clásicas que circunscriben su quehacer y su universo cultural a las funciones reproductoras o de amas de casa, y tendencias a aceptar en el plano político labores coincidentes con una visión tradicional de su valor social. Si hay que opinar sobre el sistema de cambio de la moneda nacional o sobre los inconvenientes de la explotación de los sulfuros, hablará naturalmente un hombre. Si se trata de opinar sobre el aumento en los precios de la leche o la cebolla, se piensa automáticamente en las mujeres. Es de esperarse pues que las militantes interioricen en su formación política esta visión en la cual tácitamente se les adecúa a labores categorizadas como menos importantes. En general, no hay grandes expectativas alrededor de las mujeres. Los seres humanos, en buena medida, nos esforzamos según lo que los demás, especialmente las personas más cercanas o amadas, esperen de nosotros.

Es un círculo vicioso. Las proyecciones de los prejuicios generan estereotipos que a su vez refuerzan los prejuicios. No se espera mucho del desarollo político de las mujeres. Estas consiguientemente no se someten a una demanda interna que las haga dar en esta dimensión. Para cerrar el círculo, la persona prejuiciada se convence de que todo acontece de la manera que ella piensa por lo que sus presunciones eran ciertas.

Este punto se observa más claramente con el ejemplo de la pareja en que ambos son militantes con deberes similares. Al cabo de un tiempo él comienza a ascender y ella a disminuir sus responsabilidades y compromisos políticos. No será del todo casual que años después ella sostenga el hogar y él se dedique a la vida política.

Como nota final esperanzadora, quiero acentuar que en algunos agrupamientos políticos revolucionarios se observan asomos de crítica y cambios en sus políticos hacia las mujeres. Influyen en esto indudablemente los ejemplos de participación política activa de las mujeres en revoluciones como la nicaragüense, y, asimismo, el progreso de las ideas feministas en el país. Es, sin embargo, pronto para evaluar estos indicios renovadores en la izquierda. Sobre todo, porque uno de los aspectos límites en su historia en relación a la mujer es la evidente inconsecuencia de poner en práctica lo que avanza a niveles verbales o lo que escribe en programas y planes.